

deleditor

▶ VIRGINIA ROSAS

Un títere armado con una Kalashnikov

En junio de 1989, cuando un grupo de quince oficiales sudaneses toma el poder en Jartum, con el apoyo de los islamistas, Omar al Bashir, el líder de la junta militar, era un ex combatiente anónimo de la guerra contra Israel (1973) que al regresar a Sudán había participado en el develamiento de la rebelión sudista sin mayor gloria ni fortuna.

Los islamistas, que manejaban los hilos de este golpe de Estado, consideraron que las limitaciones intelectuales de Al Bashir lo hacían inofensivo y por lo tanto el mascarón de proa ideal para sus fines.

El titiritero era el jeque Hassan al Turabi, cerebro del Frente Nacional Islámico, quien aconsejó a los militares su propio encarcelamiento para disimular cualquier complicidad con la junta. Al salir de prisión quedó convertido en la eminencia gris del país, aislado desde entonces por una serie de luchas entre facciones que se disputaban el poder.

Al Bashir se tomó en serio su rol de hombre de hierro. Para afirmar en público su personaje, solía presentarse con el Corán en una mano y una Kalashnikov en la otra, pregando que los traidores no tienen derecho a vivir. Al año siguiente del golpe fusiló a 28 oficiales. Serían las primeras víctimas

HUMOR INTERNACIONAL

DE "DE ANGELIS", DE ITALIA, SINDICADO POR "THE NEW YORK TIMES".



de una larga saga de ejecuciones, torturas y persecuciones urdidas por Al Turabi, quien alentó la instalación en Sudán de una serie de movimientos islamistas, algunos con vocación terrorista, como el que dirige Osama Bin Laden, que abrió campos de entrenamiento en ese país. El líder de Al Qaeda fue discretamente expulsado en 1996 por presión de Estados Unidos.

Mientras tanto, Al Turabi esperaba agazapado en la sombra el momento justo para desembarazarse del 'tonto' Al Bashir. Pero en 1999 se llevaría una amarga sorpresa cuando, convencido de la docilidad de su títere, el jeque decidió que su turno para gobernar había llegado. Al Bashir sacó los tanques a las calles, declaró el estado de emergencia y mandó al jeque a la cárcel.

Pero los enfrentamientos entre las facciones que se disputaban el poder se endurecían cada vez más. Sobre todo ahora que con el dinero del petróleo el botín es más sustancioso.

Pero ni bien terminó la guerra civil en el sur —tras veinte años de sangrientas luchas que le costaron la vida a más de dos millones de personas— estalló, en febrero del 2003, la rebelión de Darfur cuando dos grupos: La Armada de Liberación de Sudán y el Movimiento Justicia e Igualdad se alzaron en

armas contra el régimen de Jartum en protesta por la marginalidad en que se encontraban sumidos.

Los grupos rebeldes, apoyados por la población negra sedentaria, fueron aniquilados por el gobierno árabe que combinó bombardeos aéreos con ataques terrestres. Pero el ejército sudanés está compuesto mayoritariamente por soldados negros, lo que hacía temer una rebelión al interior de las FF.AA. Al Bashir decidió entonces armar milicias entre las tribus nómadas del desierto —tradicionalmente enemigas de los sedentarios negros— y emprender una carnicería que hasta el momento ha dejado más de 200 mil muertos y 2 millones y medio de desplazados ante la más absoluta indiferencia de occidente.

El lunes 14 el fiscal argentino de la Corte Penal Internacional, Luis Moreno Ocampo, ordenó el arresto del presidente sudanés por genocidio, crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad en Darfur. Unos pocos defensores de los DD.HH. saludaron la decisión del magistrado. La ONU se preocupó por su personal en Darfur, EE.UU. llamó a la calma y la Unión Europea dio un tibio apoyo al fiscal. Algunos piensan que la orden de arresto empañará el proceso de paz. Otros creen que no puede ser el asesino el que negocie por ella. ■■■

LA PLUMA INVITADA

Intolerancia sin chiste en EE.UU.

Sergio Muñoz Bata

Periodista



Porsí aún cupiera la duda de que una imagen, como explica el lugar común, dice más que mil palabras, una caricatura en la portada de la última edición de la revista "New Yorker", el legendario bastión de los intelectuales de la izquierda norteamericana, ha provocado la ira de los seguidores del candidato presidencial demócrata Barack Obama.

La portada en cuestión muestra a Obama con un atuendo musulmán y a su esposa Michelle disfrazada de terrorista/ guerrillera con fusil y canana al hombro tomándose de la mano en la oficina oval de la Casa Blanca. En la pared cuelga un retrato de Osama Bin Laden y en la chimenea arde la bandera de Estados Unidos.

Indignado, el vocero de Obama, Bill Burton denunció la portada como "ofensiva y de mal gusto". Lo mismo opinaron el vocero del candidato republicano John McCain, algunos medios de izquierda como el "Huffington Post" y un puñado de funcionarios públicos "políticamente correctos".

Afortunadamente, la dirección de la revista ha apoyado incondicionalmente a Barry Blitt, el autor de algunas de las mejores ilustraciones de portada de la revista. "Asumimos que nuestros lectores entenderían la broma", dijo David Remnick, editor del "New Yorker", "publicamos esa portada porque pensé que en su propuesta refleja el prejuicio y la satanización que se ha hecho de los dos Obamas, de su pasado y de sus postulados políticos".

Aparentemente insensibles a la larga tradición de portadas satíricas del "New Yorker", la izquierda más recalcitrante ha reaccionado con asombrosa torpeza argumentando que la portada del "New Yorker" no solo no ayudará a destruir mitos sobre los Obamas sino que alentará la proliferación de los falsos rumores sobre la pareja. Recordemos que el padre y el padrastro de Obama eran musulmanes no practicantes y que la esposa de Obama es una prominente abogada que no omite expresar sus críticas a los sectores más conservadores del país.

Curiosamente, esta es la misma izquierda que ha festejado con júbilo portadas anteriores de la misma revista que mostraban, por ejemplo, al presidente



ILUSTRACIÓN CLAUDIA GASTALDO

dibujó a un marinero hombre besando a un enfermero hombre sobre el mismo fondo, satirizando la política del secretario de la Defensa de Bill Clinton que permitió la permanencia de homosexuales y lesbianas en las fuerzas armadas aunque imponiéndoles como condición que no hicieran públicas sus preferencias sexuales.

Más allá de la deprimente falta de sentido del humor de los seguidores de Obama, la inusitada reacción revela la profundidad de la sacralización del lenguaje "políticamente correcto" que empezó a adoptar la sociedad norteamericana en la década de los 70. Hoy, por ejemplo, se prohíbe utilizar palabras como mulato para describir a personas que como Obama son nacidos de blanca y negro; se han proscrito términos como asiático o negro para hablar de personas procedentes de Asia o de raza negra y se describe a los inválidos como "personas con habilidades diferentes". En California, por ejemplo, los hispanos son latinos.

El rechazo a la caricatura también revela una asombrosa ingenuidad política. Si lloran por una portada satírica de un medio amigo a su causa, como ha sido el "New Yorker", qué dirán cuando los operadores políticos del partido republicano, que históricamente han demostrado una capacidad única para distorsionar expedientes y destruir reputaciones, le lancen su propia andanada de publicidad negativa.

Lo más alarmante, desde mi perspectiva, es que dada la hipersensibilidad que han mostrado los seguidores de Obama cabría preguntarse cómo reaccionarían si acaso su candidato llegara a perder las elecciones.

Sabemos por varias encuestas recientes, que la mayoría de los americanos piensa que el solo hecho de que una persona de raza mixta, pero que se asume como africano/americano, esté a punto de ser nominado como el candidato presidencial del partido demócrata da prueba del enorme avance que ha habido en el tema de las relaciones raciales. También sabemos que si Obama ganara, la mayoría confirmaría la tesis del avance en el tema.

Pero, y si pierde, ¿qué dirán sus seguidores? ¿Lo atribuirían al racismo? O ¿se le ocurrirá que hubo ciudadanos que sin ser racistas pensaron que Obama no estaba listo para ser presidente o por cualquier otra razón decidieron votar por el otro candidato? ■■■

ASÍ NOS VEN

EL MERCURIO

DE CHILE

Buenas y malas noticias para Alan García*

A poco de cumplir dos años en el Gobierno —el 28 de julio—, Alan García puede complacerse de su éxito económico, pero no de su popularidad, que ha venido en baja. La última encuesta apenas le dio el 30% de aprobación, y la semana pasada debió enfrentar el llamado a una protesta nacional que amenazó paralizar al país. Afortunadamente para el Gobierno, ella tuvo una convocatoria pobre, con incidentes menores, y mucha gente asistió normalmente a sus trabajos.

Lo paradójico es que García no ha podido capitalizar el hecho de que Perú esté atravesando uno de los mejores momentos económicos de su historia, con un crecimiento sostenido por seis años, que promedia el 8% (entre enero y abril llegó al 10,52%), con una inversión extranjera que sigue subiendo y que tiene cientos de proyectos en estudio. Cifras recientes del Ministerio del Trabajo señalan que el aumento del empleo es de dos dígitos (10% en mayo), con lo que, según esa cartera, el gobierno de García habrá creado un millón y medio de nuevos puestos de trabajo para fines de este año. Otro buen indicador es la recaudación tributaria, que subió 5,5% en el primer semestre del 2008. En abril, Perú consiguió el ansiado grado de inversión de la agencia Fitch Ratings, y el riesgo país, según JP Morgan, bajó tres puntos básicos en estas últimas semanas, lo que demuestra la capacidad del país para cumplir con sus compromisos financieros.

Cuando el líder de la Confederación General de Trabajadores llamó al referido paro, demandó del gobierno una solución al alza del precio de los alimentos y una "mejor distribución del ingreso". La convocatoria fue inmediatamente apoyada por el ex candidato perdedor en las elecciones, Ollanta Humala, quien ve en este descontento una oportunidad para resucitar su proyecto nacionalista. Según Humala, "hay una corriente de opi-



GARCÍA. Van dos años de gobierno.

nión que señala que Perú está bien. Sin embargo, hay otra que dice que el crecimiento no llega a los más pobres". Humala se aprovecha de que aún existe en Perú cerca de 40% de pobres, y levanta esa bandera, a sabiendas que tendrá una respuesta. Además, promueve una renegociación de los contratos con las mineras y patrocina en el Congreso la creación de un impuesto a las "sobreganancias" del cobre.

Este cuadro inquieta a García, quien reconoce que la situación de los estratos más bajos es compleja ante la inflación, que en junio fue de 0,77%, acumulando 3,51 en lo que va del año. El Gobierno ha tratado de paliar las alzas del petróleo, que redundan en los precios de varios bienes básicos, inyectando al fondo de estabilización de los combustibles 740 millones de dólares, para evitar que "golpee duramente" a los más pobres.

Si la huelga mostró una vez más la profunda división entre Lima y las zonas amazónicas y andinas, la buena noticia para García es que fue precisamente en algunas ciudades de esas zonas donde el empleo creció más. Pero no es suficiente para los sectores que apoyan a Humala y creen que, reemplazando el modelo "neoliberal" por el que impulsan gobiernos como el boliviano y venezolano, mejorarán las expectativas.

Lima ha tenido que frenar una campaña de apoyo a esos sectores por parte de Hugo Chávez y Evo Morales. La última arremetida vino de parte del presidente boliviano, quien causó una crisis diplomática al hacer declaraciones a favor del paro, que —comprensiblemente— fueron interpretadas como injerencia en los asuntos internos. Tras las explicaciones de La Paz, bajó la tensión, pero antes Lima había ya informado a la OEA sobre el incidente. ■

() Editorial publicado el 14/7/08.